



EL MUSEO DE BELLAS ARTES A TODO VAPOR

El primer centenario de la Independencia de la República se celebró en gran escala, con abundancia de actos inaugurales y de fiestas conmemorativas. "Todo, todo seguía el movimiento vertiginoso hacia el progreso y el refinamiento artístico". Emilio Jecquier, arquitecto francés nacido en Chile bajo el signo del Progreso y de la Industria, mientras su padre proyectaba para nosotros nuestras primeras vías férreas, fue el autor —inspirado en el Petit Palais, de reciente inauguración— de su réplica criolla: el Palacio, actual Museo de Bellas Artes, donde se celebrará en 1910 la Exposición Universal de Artes Plásticas. "Pues así por los libros en que formamos nuestras ideas, como por el país que más frecuentan nuestros viajeros, la Francia es ahora la fuente principal que alimenta nuestra intelectualidad y el modelo que se trata de imitar en nuestras costumbres".

El Palacio del Ministerio de Obras Públicas, la Estación Mapocho y la Estación de Pirque, fueron otros tantos jalones simultáneos de esa brillante trayectoria que culminó en días de inauguraciones edilicias.

Se dice que, no obstante su apariencia sólida como un pisapapeles y desde luego ostentosa, el Museo nació con cincuenta años de vida contados como fuera construido sobre terrenos de relleno, pero hasta el día de hoy goza de buena salud aunque es un enfermo de presupuesto que no ha podido esponjarse en el curso de medio siglo.

"El Fisco —reclamaba en 1884, don Benjamín Vicuña Mackenna— que para el arte ha solicitado siempre declaratoria de pobreza previa y, junto con el Fisco, los ricos que se jactan de ser mecenas pobres".

Paciencia y alambre, parafina y plumero, han sido los lujos de esa ancianidad prematura. El gran conservador no ha conseguido más que conservarse a sí mismo y, con dificultad, sus "tesoros artísticos", abandonados por el público entre las estatuas muertas. En su espléndida bóveda —tiene tejado de vidrios rotos— cincuenta años de palomas vitricidas o de pequeñas armas blancas caídas del cielo, se han sucedido, dejándoles, a él y al público, el sombrero en estado lamentable. En el patio, a través de los vidrios rotos, llueve más copiosamente que afuera.

El Museo fue construido con abundancia de espacios e incluso con el retoricismo espacial de la Bella Época, pero le han faltado tanto la iniciativa como las salas debidamente acondicionadas para exhibir sus pertenencias ocultas. Se lo ha guardado todo o casi todo, en sus bodegas, haciéndose sospechoso de una supuesta avaricia, tras de la cual ha oscilado entre la pobreza y la negligencia.

En términos generales, se quedó con lo puesto en 1910 —el año de la Exposición inaugural y, desde luego, Universal de Bellas Artes y de Arte Aplicado a la Industria—, vale decir, con una colección del pompiérismo internacional, adquirida por el Gobierno del Presidente Montt por la suma de cien mil francos, más el importe de las entradas de la Exposición y el diez por ciento de las ventas a particulares ("Tómese razón, comuníquese y publíquese en el Boletín de Leyes y Decretos del Gobierno"). Y el Museo no se ha quitado, para dormir su largo sueño invernal, ni las polainas ni los guantes de cabritilla ni la chistera.

Esto es grave, porque en el intertanto no ha dejado de desarrollarse vegetativamente, gracias a ciertas donaciones privadas. La del señor Aldunate Morel, por ejemplo, compuesta por ciento treinta dibujos del Renacimiento y de otras épocas, casi ignorados por el público, entre los que hay algunos de Clouet, Piero de la Francesca, del Piombo, Rafael, Poussin, Gaiarni, Ingres, etc. Entre otras colecciones, cuenta con la de Carlos Cousiño y la del Príncipe Witgenstein, integrada esta última por quince importantes pinturas de los siglos XVII y XVIII, obsequio de la Braden Copper. Algún Gobierno adquirió para el Museo, la colección Alvarez Urquieta, una retrospectiva del arte chileno, y las familias de Juan Francisco González, Pablo Burchard y otros, han contribuido a enriquecerlo con importantes donaciones.

Por otra parte, especies de sondeos practicados en las bodegas del Museo, se han iniciado con el descubrimiento de un valioso tríptico gótico catalán y de esculturas coloniales policromadas que piden a gritos aparecer en público.

En las sentinas del Palacio de Jecquier —en honor a la verdad, algo encallado o someramente sumergido— el reconocimiento del lugar se detuvo en un hallazgo de otro tipo. Una parte rescatable de las bodegas funciona hasta el día de hoy como el taller de vaciado del profesor Manuel Pereira, cuyo padre fue durante treinta años, maestro en ese oficio, con sede en la Escuela de Bellas Artes, y proveedor de copias de yeso de la escultura clásica y de la otra. Su espacio será ocupado por la juventud que trabaja creadoramente con nuevos materiales y con nuevas técnicas.

El Palacio de Bellas Artes abarcaba, en su primera época, los locales del Museo y de la Escuela; pero, "por declaratoria de pobreza previa", fue dividido, con el tiempo, en esas dos tajadas. Un incendio reciente dejó a la Escuela convertida en un cascarón humeante, pero aprovechable. Como las llamas amenazaban al Museo, algunos vecinos, espectadores del siniestro, alentados por el ejemplo de los bomberos, y convertidos, patrióticamente, en repentinos conservadores del patrimonio artístico nacional, se ofrecieron, en la puerta del inmueble, para rescatar ese patrimonio de las llamas nocturnas.

Esto es una demostración práctica de que los chilenos estiman en lo que vale el esfuerzo de nuestros tatarabuelos, y las llamas podrían purificarlo, renovarlo y restablecerlo en sus proyecciones originales.

Que el Palacio vuelva a ser una unidad, después de restaurado y que se convierta en un gran Museo moderno y vivo, en un centro de confluencia y participación de la comunidad, éste es el proyecto de su nuevo Director, Nemesio Antúnez.

"El edificio y la ubicación —dice— son formidables; lo más hermoso que tenemos en Santiago, y el Parque Forestal y el oxígeno, deben entrar transformando el mausoleo en un Museo vivo, alegre, confortable, joven, en que todas las manifestaciones artísticas tengan la palabra.

Antúnez es un hombre de imaginación práctica, pintor y estudiante de arquitectura en sus comienzos, muy capaz, para empezar, de restaurar la claraboya e instalar un café en el hall para que los visitantes se sientan a su gusto en un jardín de helechos y fuentes de agua.

El proyecto incluye la instalación de una colección permanente y seleccionada de todo el arte chileno, también el de los artesanos indígenas, pascuenses y populares. Todas las épocas del arte chileno ofrecidas en un solo corte transversal, como para que los visitantes extranjeros no se queden en ayunas y se enfrenten con una síntesis explicada, didáctica, de nuestros valores. El Archivo de las Artes incluirá fotografías, cartas y recuerdos de taller, críticas y monografías de los artistas de todos los tiempos, constituyéndose así en uno de los centros de investigación que se precisa crear para fomentar un conocimiento en profundidad del arte chileno. No se excluirá el estudio de otras artes visuales, de la fotografía, por ejemplo, para la que se instalará un museo dentro del Museo, un departamento especial del mismo.

Las tres oficinas de la administración se convertirán en otras tantas salas de conferencias o de espectáculos varios, organizados en la perspectiva de un Museo integral en el que se combinen el happening, la conversación, la hora del té, la consulta de libros de arte, la asistencia a un recital o a una sesión de cine, por ahí por el fondo amanoderecha. El barco ya no se hunde ni se transforma en un fósil de yeso. Se hará de él, en cambio, un organismo vivo y optimista, propulsor de las artes para todos.

Inspirado en 1910, Nemesio Antúnez ve el Museo bajo la especie del Jardín de Plantas, del Palacio de Cristal o de un transporte aéreo y submarino, tipo Julio Verne, ornamentado con plantas exóticas, para un viaje refrescante. Estima que para financiarlo habrá que contar con el Gobierno, la empresa privada y el público en general. Es preciso abordar el problema desde un punto de vista legal, liberando de impuestos a los amigos del Museo por el valor de sus posibles donaciones, o eliminando las trabas aduaneras que encarecen la internación de obras de arte. Por ahora se trabaja en el inventario y en la selección de las mejores obras chilenas y extranjeras con que cuenta el Museo, para una próxima exhibición que muestre el verdadero valor de la colección permanente.

Hacer el gran viaje de Julio Verne, no a la luna ni al centro de la tierra, sino que aquí, a la orilla del Mapocho, poniendo en marcha a toda máquina ese gran artefacto anclado en el Parque Forestal.

Para esto se necesita la cooperación de la comunidad a todos los niveles: estatal, empresarial y, especialmente, individual. (E. L.).



EL MUSEO DE BELLAS ARTES, A TODO VAPOR. ANUNCIO DE LA RESTAURACION DE CUADROS DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO

La Sociedad de Arte Contemporáneo y otras instituciones están auspiciando la restauración de los cuadros atribuidos a Zapaca Inga, con la intención de incorporarlos al Museo de Arte Colonial que se piensa constituir en el Claustro de San Francisco.

Esta publicación entregará en su próximo número una completa información al respecto, con la colaboración del profesor Luis Oyarzún, acompañada de una entrevista al restaurador Ramón Campos Larenas.